

Num. 21

1571

**VIVA FERNANDO VII.****MINERVA PERUANA.****LIMA : LUNES 26 DE MARZO DE 1810.****La junta suprema del reyno de la nacion española,****ESPAÑOLES.**

Nuestros enemigos anuncian como positiva su paz en Alemania, y las circunstancias que acompañan á esta noticia la dan un caracter de certeza, que dexa poco ó ningun lugar á la duda. Ya nos amagan con los poderosos refuerzos, que suponen marchando para consumir nuestra ruina; ya fieros y soberbios con el aspecto favorable que han tomado para ellos las cosas del septentrión, se atreven á llamar á nuestro pecho para ver si hay en él entrada á la vileza; y perfidamente humanos nos exhortan á que nos salvemos recurriendo á la clemencia del vencedor, y doblando la garganta ó su coyunda. Insolencia de hombres nunca vista; descaro sin igual, que no hallará credito en la posteridad á despecho de los monumentos publicos que llegarán hasta allá! Osan todavia esos bárbaros imputarnos los males que sufre esta region por su agresion escandalosa, y nos hacen responsables de los que nuevamente van á caer sobre ella, si prolongamos nuestra resistencia. Mas de quando acá se acusa á las victimas inofensas de la ferocidad con que el sacrificador inhumano las martiriza? Muy pronto han olvidado estos declamadores quando entraron sus exercitos en España, como entraron, que puestos ocuparon, qual fue la señal de combate que dieron, y toda esa serie de atrocidades gratuitas y sin exemplo que han cometido con nosotros. Ellos piensan que porquén en sus corazones degradados no hay mas que villanía quando sus debiles, y

atrocidad quando fuertes, los animos españoles decaerán de sus justas y altas esperanzas porque les falte aquel apoyo. ¿ Quien les ha dicho que nuestra virtud es de tan pocos quilates? ¿ Nos pone la fortuna obstaculos mayores? Redoblabamos nuestros esfuerzos. ¿ Hay mas trabajos y mas peligros? Adquiriremos mas gloria.

No, siervos de Bonaparte, no perdais el tiempo en vanas sofisterias, que ya no engañan á nadie. Decid francamente, queremos ser los mas iníquos de los hombres porque creemos ser los mas fuertes: este language, aunque barbero, es consiguiente y se entiende: mas no intentéis persuadirnos, que el olvido de los derechos propios es saber, y la cobardia prudencia. Puesto que vuestra perversidad nos ha puesto entre la ignominia y la muerte, ¿ que quereis que una nacion magnanima resuelva, sino defenderse hasta morir, primero que consentir en una sumision tan afrentosa? Robad, matad, talad y destruid: veinte meses ha que estais haciendo lo mismo. ¿ Con que fruto? Vosotros lo sabeis: lo saben las provincias que ocupais, donde á proporcion de las plagas que derramais sobre ellas crece la adversion insuperable con que os miran, el rencor vengativo y eterno que á cada momento os juran. ¿ Ceder? ¿ Saben bien esos sofistas lo que aconsejan al pueblo mas pundonoroso de la tierra? Mengua fuera sin exemplo en los anales de nuestra historia, que despues de tan admirables esfuerzos y de sucesos tan increíbles, cayesemos á los pies del esclavo coronado que Bonaparte nos envia por rey. ¿ Y para que? Para que desde el seno de sus festines inpios, de entre los rufianes viles que le adulan, y de las inmundas prostitutas que le acompañan, señale con el dedo los templos que se han de abrasar, las heredades que han de repartirse entre sus odiososos satelites, las virgenes y matronas que han de llevarse á su setrallo, los jóvenes que se han de enviar en tributo al Minotauro frances. No ha nacido, no, para mandarnos este hombre impotente y nulo, que se dexa apellidar filosofo, y consiente que á su nombre y á su vista se cometan tan inauditas atrocidades; que pretende sin pudor, á costa de la sangre de hombres que le desprecian, dominar sobre pueblos que unánimemente le detestamos. No penséis, españoles, que la junta os habla así para

excitar vuestro valor con expresiones artificiosas. ¿Que necesidad hay de palabras; quando las cosas hablan por si mismas con tan poderosa energia? Vuestras casas estan demolidas, vuestros templos deshechos, vuestros campos talados, vuestras familias ó errando dispersas por los campos ó precipitadas al sepulcro. ¿Habremos hecho tantos sacrificios, habrá la llama de la guerra devorado la mitad de España, para que vergonzosamente abandonemos la otra mitad á la paz mucho mas mortifera que los enemigos la preparan? Porque no hay que alisonjarse con el aparato impostor de las mejoras que los franceses propalan. El Tartaro que los manda ha decretado que España no tenga ni industria, ni comercio, ni colonias, ni poblacion, ni representacion politica ninguna. Vasta y solitaria dehesa donde se críen ganados que surtan los talleres franceses de nuestras preciosas lanas; plantel de hombres para llevarlos al matadero; miseria, ruina, degradacion en todos los terminos de la peninsula; tal es el destino que se quiere dar al pais mas favorecido del Cielo. Y aun quando llegase á tanto nuestra indiferencia que abandonasemos tan preciosos intereses, ¿podriamos consentir la destruccion total de la religion santa en que nacimos, y que en todos nuestros actos civiles y politicos hemos jurado mantener? ¿Abandonarems por ventura el interes del cielo y la fe de nuestros padres á la tiricion sacrilega de esos foragidos frénéticos;? y la nacion española, conocida por su piedad: acendrada en todo el mundo, ¿desamparársele el santuario, que siete siglos continuos, y á costa de mil y mil combates defendieron nuestros mayores de la impia ferocidad de los sarracenos? Si tal hiciésemos, las victimas que han parecido en esta memorable contienda levantarían la cabeza y nos dirian: perfidos! Ingratos!! ¿Será en vano nuestro sacrificio? ¿Malvarateis nuestra sangre? ¿No, bizarras patriotas! descausad en paz, y que este temor amargo no perturbe el sosiego de vuestros sepulcros. Vosotros con vuestro glotioso exemplo nos enseñasteis nuestra obligacion primera, y estamos bien convencidos de que la paz si á que debemos aspirar no está detrás, está delante de nosotros. Al fuerza de guerra y de combates; á fuerza de valor y osadia se ha de conseguir aquella tranquilidad; aquel sosiego de que esos alevosos nos despojaron. ¿Tememos acaso morir?

Ya han muerto otros primero, y con su fin han sellado el grande juramento que todos hicimos. ¿ Quien nos ha libertado de él? ¿ Quien ha deshecho aquella alianza igual de gloria y de peligros á que todos nos sugetamos? Nuestra patria está devastada, nosotros insultados, y tratados como un rebaño que se compra, se vende, y se deguella quando se quiere, nuestro rey... Españoles, ¿ quereis que en vuestros pechos hiervan el ardor y la energia que conducen á la victoria? Recordad el modo alevoso y vil con que ese abominable usurpador le arrancó de vuestras manos. Aliado se llamaba, protector suyo, su amigo; y al darle el beso de paz, sus abrazos son lazos de serpiente que encadenan la inocente victima, y la arrebatan á la caberna del cautiverio. Semejante perfidia, desconocida en la civilizacion moderna y apenas usada entre barbaros, estaba reservada en daño de nuestro monarca. Allá está gimiendo en la soledad, devorando pesares, rodeado de satélites y espías el objeto idolatrado de vuestras esperanzas, aquel que destinasteis á la gloria del trono, para que os mandase inspirado de la beneficencia y la justicia. Vedio á todas horas viviendo los dolientes ojos á su patria, sola madre que el infeliz á conocido en es mundo: oídle en su tribulacion implorar el valor de sus queridos españoles, y demandarles ó libertad ó venganza. No hay paz, no puede haberla mientras que las cosas así subsistan. Que España sea libre, fue el voto universal de entonces: que España sea libre es el voto nacional de ahora: si al fin no lo consigue, quede hecata al menos un inmenso desierto, un vasto sepulcro, donde amontonados los cadáveres franceses y españoles ostenten á los siglos venideros nuestra gloria y su escarmiento.

Mas no es la suerte tan enemiga de la virtud, que no dexé á sus defensores mas que este termino funesto. Escrito está en el cielo, y la historia de los siglos lo manifiesta, que el pueblo que decididamente ama su libertad y su independencia acaba por conseguir las á despecho de todas las artes y de toda la violencia de la tiranía. La victoria que tantas veces es un don de la fortuna, es tarde ó temprano la recompensa de la constancia. ¿ Quien defendió á las pequeñas republicas de Grecia de la barbara invasion de Xerxes? ¿ Quien reconstruyó el capitolio casi despedazado por los



Galos? ¿Quien le salvó del fulminante brazo de Anibal? ¿Quien en tiempos mas cercanos escudó á los suizos de la tiranía germanica, y dió la independencia á la Holanda á despecho del poder de nuestros abuelos? ¿Quien en fin es el que ahora ha inspirado al pueblo Tirolés esa resolucion heroica, con que rodeado por todas partes de enemigos, abandonado de sus protectores, y escuchando solo su horror á los tiranos, ha sabido desgajar los peñascos y los arboles de las montañas, y deshacer con ellos los batallones del vencedor de Danzik? Sigamos impavidos su exemplo: la misma situacion es la nuestra, el mismo ardor nos anima, iguales esperanzas deben asistirnos. El Dios de los exercitos por quien lidiamos nos cubrirá con sus alas, y agrado del ademan firme y entero con que hemos arrostrado la adversidad, nos llevará por entre los peligros y los precipicios al solio de la independencia.

Espanoles: la junta os hace este anuncio francamente, porque no quiere que ignoreis ni un momento el nuevo riesgo que amenaza á la patria: os lo anuncia con la confianza de que en vez de desmayar, como nuestros enemigos presumen, vais á cobrar nuevas fuerzas, y haceros mas dignos de la causa que defendeis, y de la admiracion del universo: os lo anuncia, porque constituida en la sagrada obligacion de salvar el estado, y segura de que el voto unanime de los españoles es ser libres á toda costa, ningun medio por violento, ningun recurso por extraordinario, ningun auxilio por privilegiado dexará de ponerse en movimiento para rechazar al enemigo. Lanzanse al mar los tesoros para aligerar los navios en la tormenta y salvarlos del naufragio: los muebles mas preciosos, las ropas mas ricas se entregan á la voracidad de las llamas para pasar por encima de ellas, y escapar de los incendios. Asi nos hallamos nosotros: arde el estado, la patria zozobra: fuerzas, riqueza, vida, saber, consejo, quanto tenemos es suyo; ¿y podriamos dudar un momento en ponerlo todo á sus plantas para la salvacion y la gloria? ¡Perezca el egoísta vil que transige con su deber, y esconde lo que debe á sus hermanos para la defensa comun! ¡Perezca mil veces el perverso que abuse por interes particular suyo de este desprendimiento universal! El estado los perseguirá

como traidores, y donde no prenda la llama del entusiasmo, fuerza es que haga prodigios la guadaña del terror. ¿Pues que? Nuestro enemigo no omite medio ninguno para destruirnos; ¿y nosotros respetaríamos alguno para defendernos? Hay provincias que han sabido arrojar á los enemigos de su seno; y las que han tenido la fortuna de no haber sufrido semejante azote, ¿no lo aventurarán todo para eximirse de él? Nuestros valientes soldados á la inclemencia del cielo, sufriendo el rigor del invierno, los ardores del estío; y careciendo hasta de lo mas necesario para la vida, habrán ya sostenido dos campañas arrojando los peligros y la muerte en cien batallas que han dado, se prepararán á dar otras sin intimidarse, ni por el número, ni por la pericia, ni por la fortuna de nuestros enemigos; ¿y nosotros quietos en nuestros hogares, nosotros que debémos á su consagracion heroica y á sus importantes fatigas nuestra seguridad y defensa; nosotros aspiraremos á guardar nuestras riquezas, á no disminuir ni el menor de nuestros regalos?

Nuestra es la victoria, nuestra, si sabemos poner en la continuacion y conclusion de esta empresa aquel entusiasmo sublime con que la empezamos. De los esfuerzos de todos, de los sacrificios de todos se debe componer esta masa colosal de fuerza y resistencia que hemos de oponer al embate de nuestro enemigo. ¿Que importa en tal caso que el precipite de nuevo sobre nosotros las legiones que le sobran en Alemania, ó el enxambre de conscriptos que trata de arrancar ahora á la Francia? Con ochenta mil hombres menos comenzamos la guerra: con doscientos mil mas le empezamos. Que los repóngan si puede, que los envíe ó los traiga á esta region de muerte, tan funesta á los opresores como á los oprimidos. Nosotros añadiendo á la experiencia de dos campañas las fuerzas de la desesperacion y de la rabia, daremos á esas falanges de bandidos el destino que han tenido las primeras, y los terrenos abandonados con su sangre nos pagarán con usura los frutos que nos han talado.

Si los monarcas del norte, olvidados de lo que son y de lo que pueden, consienten en quedar siervos del nuevo Tamerlan; si á costa de largos siglos de infamia compran el sosiego de un momento hasta que les llegue el turno de ser de-

vorados tambien. ¿ Que nos importa á nosotros que somos un pueblo grande, y estamos resueltos á perecer ó triunfar? ¿ Por ventura quando alzamos veinte meses há el brazo contra la tiranía, les fuimos á pedir su consentimiento á ellos? ¿ No entramos en la lucha solos? ¿ No hemos sostenido una campaña solos? Negose á creerlo la Europa quando lo oyo; quando lo vió lo juzgó una llamarada efímera y temeraria; y al considerar ahora los efectos de nuestra constancia y nuestra magnanimidad en medio de los reveces que nos han atribulado, lo considera como un fenomeno prodigioso en la serie de los acontecimientos politicos. Siganos contemplando con admiración como debe, ó si quiere con terror. Ninguno de los apoyos esenciales á nuestra defensa nos falta. Cada día se estrecha mas nuestro enlace con la America, á cuyos auxilios tan oportunos como generosos, debe tanto la metropoli, y en cuya lealtad y zelo está cifrada una gran parte de nuestras esperanzas. Dura y durará la alianza que hemos pactado con la nacion britanica, que prodigando por nosotros su sangre y sus tesoros, se hizo acreedora á nuestra gratitud y al reconocimiento de los siglos. Hellen pues cabida las maquinaciones de la intriga, ó las sugestiones del miedo en gobiernos debiles ó en gabinetes estragados: ajustense en buen hora unas pases ilusorias para el que las da, vergonzosas para el que las recibe: desamparen en buen hora esos grandes potentados la causa publica de las naciones civilizadas; y abandonen inhumanamente á sus aliados. El pueblo, el pueblo español se mantendra sola en pie en medio de las ruinas del continente europeo. Aquí es donde se desenvaynó, para no esconderse nunca, la espada del rencor contra el execrable tirano: aquí es donde está alzado para no abatirse jamas el estandarte de la independendia. y de la justicia. Acudid todos á el, quantos en Europa quereis vivir exentos de tan abominable yugo. Los que no popeis hacer pacto con la iniquidad, y os indignais de la desercion mortífera y cobarde de esos principes ilusos, veuid entre nosotros: aquí el valiente tendrá ocasiones de adquirir verdadera honra; el sabio y el virtuoso tendran respetos, los affigidos asilo. Una es nuestra causa; uno sea el peligro, una la recompensa. Venid, y á despecho de todas las artes, y de todo el poder de este despota inhumana-

no, veréis como contrastamos su estrella, y sabemos hacernos nuestro destino. Real alcazar de Sevilla 21 de noviembre de 1809.

El arzobispo de Laodicea. *Presidente.* Pedro Rivero. *Vocal*  
*Secretario general.*

En la gazeta de Madrid del 20 de octubre se inserta una circular *del ministro del interior del rey José* á los intendentes y corregidores: sus primeras palabras manifiestan bien qual ha sido la suerte de los infelices habitantes del campo en aquellos territorios que se hallan oprimidos por la presencia de los barbaros: „No astab decir á los labradores que en la guerra como en la paz es preciso sembrar para no perecer, sino que se requiere tranquilizar los animos, disipar los temores y las preocupaciones, atraer los cultivadores errantes por los bosques á sus hogares y á sus heredades... Es necesario que vmd. de las ordenes mas estrechas á los alcades de todos todos los lugares de su jurisdiccion, y exhorte á los parrocos para que, tranquilizando y consolando á los labradores, hagan que los campos no queden sin sembrar.“

En la del 21 forma José una comision para disponer y rectificar los aranceles de las aduanas, á cuyo frente estan dos gale hispano bien conocidos, su consejero de estado D. Manuel Sixto Espinosa, y el director general de sus contribuciones D. Francisco Gallardo. (*Gaz. de gob. de 14 de nov.*)

*Paris 20 de octubre.*

La paz entre S. M. el emperador de los franceses y S. M. el emperador de Austria ha sido firmada el 14 de este mes. De esta manera no queda duda alguna sobre este deplorable suceso. (*Monit. de 21 de oct.*)

Mañana publicaremos en papel separado, lo resuelto por la junta de Valencia en favor de los defensores de la patria: se hallara en la libreria del editor; su precio dos reales.

EN LA IMPRENTA DE LOS HUERFANOS.